

# Jonas Mekas

## La mirada del azar

Edgar Esquivel

Noventa y contando. Aunque en el caso de Jonas Mekas (1922) son noventa años y filmando. A este cineasta lo que le “interesa filmar, verdaderamente, es lo que sucede aquí, ahora mismo, lo que le rodea”. Retomo sus palabras para decir que nació en una aldea de veinte familias en Lituania. Era granjero, cortaba leña y sacaba el estiércol de las vacas. También fue atleta e hizo política contra Stalin y los nazis. Acabó en un campo de concentración cerca de Hamburgo, después pasó a otro para refugiados de la ONU y cinco años más tarde, 1949, fue admitido en Nueva York. Entonces ya tenía interés en el cine “porque era el mejor modo de explicar lo que había visto. Y con su hermano empezó a soñar cómo harían películas”. ¿Cuándo empezó? Compró una cámara con los primeros dólares que ganó en Brooklyn. ¿Qué rodaban? “¿Qué rodábamos? ¡Rodábamos la vida!”.

Un original diario segmentado en vitales tomas y cuadros rubrican las vivencias de Mekas y conforman una filmografía de más de setenta títulos: copioso conjunto de películas que deshebra una obra vasta y emotiva, rutinaria y audaz que pregona códigos distintos para ver y hacer cine. En ello han sido vitales la *Film culture* (1955), revista insignie de lo experimental, y la cooperativa *The Film Makers* (1962). Seis décadas detrás de una cámara, día y noche explorando en lo cotidiano la naturaleza de la cinematografía: la captura de episodios y ocurrencias con el único afán de alternar las horas sucedidas con la vigilia del instante y del porvenir.

Jonas Mekas profesa la documentación elemental de lo que ve y escucha, pero su devoción está en el montaje y selección de secuencias guiadas por la curiosidad y un instinto narrativo poco común. Acepta, no sin ironía, una limitante de la que surgen

soluciones y banderas: el cine no es total y hasta la memoria es un artificio de poco fiar pues “sólo podemos filmar lo que está delante de nosotros”. En la casualidad el presente evoca su esperanza. Reproducir lo que miramos, anhelamos y entendemos concede identidad propia a un estampado audiovisual, pero es un impulso que altera el orden de las cosas y anuncia una promesa paradójica, una apuesta por no voltear hacia atrás y evadirnos mediante una figuración o la conjura del pasado. Así el cinematógrafo y su verdad: sin importar que la dinámica que se imprime a las imágenes puede dar lugar a una historia observada desde distintos planos, trivial o compleja, no deja de ser un acto de percepción, una manipulación de fotogramas. Aberración y sentencia descorazonadora: en el séptimo arte no hay movimiento, ésa es la realidad, pero Mekas nos consuela y seduce:

“Como el nuevo poeta, el nuevo cineasta no está interesado en la aceptación pública. El nuevo artista sabe que la mayor parte de lo que hoy se publica está corrompido y distorsionado. Sabe que la verdad está en algún otro lugar, no en *The New York Times* ni en el *Pravda*... Le importa más el destino del hombre que el destino del arte, que las provisionales confusiones del arte... ¿Para qué sirve el cine si se pudre el alma del hombre?”.

No hay secreto ni consignas si el objetivo es reinventar las vistas de la gran pantalla a partir de su esencia, tampoco hay por qué temerle a la libertad, ésa es la poética visual de Mekas. El capricho y goce que suponen un desafío personal, antes que la pretensión de abrir caminos para otros, es lo que precede al trabajo del artista, al menos de aquel que dentro de la extrapolación romántica ansía quedarse únicamente con el



Jonas Mekas

vino y las rosas que devienen del usufructo del instante y la amistad, desafiando así el mal recuerdo y la melancolía, pero comprendiendo que el tiempo perdido se recupera en las grabaciones, sean diálogo, ficción o retrato.

Se dice fácil, pero acaso suponga la mayor sutileza del creador: jugar con el ritmo y la velocidad de la materia a través de palabras, sonidos e imágenes que terminarán por producir notas discordantes dentro del coro de los hombres. O lo que es lo mismo: la monotonía es una invención más que se redime a partir de la insistencia misma de condensar y reestructurar la existencia. Los hechos nimios y automáticos que nos reducen a lo demasiado humano resultan la mejor actuación dentro del ámbito cinematográfico. ¿Que necesidad (necedad) de la doble impostura que se cierne en ese noble oficio del siglo XX? Lo tentador es volver a comprobar lo que los surrealistas supieron siempre: que el azar es un arte supremo. **U**

Nota: Jonas Mekas y su filmografía forman parte del FICUNAM 2013.